

La Colonización fenicia de Occidente

**Estado de la investigación
en los inicios del siglo XXI**

**XVI JORNADAS DE ARQUEOLOGÍA FENICIO-PÚNICA
(EIVISSA, 2001)**

Editadas por
BENJAMÍ COSTA Y JORDI H. FERNÁNDEZ
EIVISSA, 2002

TREBALLS DEL MUSEU ARQUEOLÒGIC D'EIVISSA I FORMENTERA 50

Los fenicios en la costa atlántica africana: Balance y proyectos

Fernando López Pardo
Universidad Complutense

La investigación histórico-arqueológica sobre el mundo fenicio-púnico del Extremo Occidente nos ha deparado no pocas sorpresas en los últimos años, obligándonos a dejar en el camino muchas ideas preconcebidas e hipótesis. Cada vez que se ha abierto una excavación nueva o se ha hurgado en las cajas de los depósitos de los museos, la publicación de los resultados siempre ha provocado algún sobresalto y a veces un cambio de rumbo en la investigación. Por ello no hace falta mucha perspicacia para sospechar que el Magreb occidental, donde los trabajos se han reiniciado hace poco tiempo, puede deparar aún muchas novedades que procurarán nuevo conocimiento pero también afectarán sensiblemente a la visión actual de las colonizaciones en Argelia y Marruecos. Así, cualquier intento de enmarcar la investigación futura a largo plazo sobre los fenicios en el Magreb Occidental parece un experimento poco fiable lo que nos obliga a marcarnos un objetivo mucho menos ambicioso, como es hacer una proyección más inmediata, la que se deduce directamente del estado actual de nuestros conocimientos. Por ello es necesario hacer un bosquejo de los logros alcanzados durante el último medio siglo con el objeto de mostrar lo andado, que no es poco, y, en fin, reflexionar sobre el punto en el que nos encontramos.

Antes de 1950

Hasta mediados del siglo XX, el conocimiento del mundo prerromano en Marruecos era de una precariedad inusitada y procedía casi exclusivamente del acervo literario antiguo que empezaba a ser contrastado a través de algunos reconocimientos topográficos realizados en un primer momento por viajeros y diplomáticos y después, bajo el “protectorado”, por funcionarios y residentes en el país. Fiel reflejo de este quehacer es la obra de M. Tissot, *Recherches sur la géographie comparée de la Maurétanie Tingitane*, publicada en 1877, que fue posible gracias a su condición de Ministro Plenipotenciario de Francia en Marruecos a mediados del siglo XIX. Aunque el estudio del diplomático y erudito se centró en la colonización romana recogió algunos datos arqueológicos sobre lo que él denominó época “liby-phenicienne”, a la que adscribió el túmulo de Mzora y la necrópolis prerromana de Tánger que había sido hallada casualmente poco antes. Visitó, además, las ruinas de *Lixus* que emergían entre la vegetación de la colina de Tchemisch, que también

habían sido minuciosamente reconocidas por el vicedcónsul español en Larache, Teodoro de Cuevas (Boada y Romeu, 1895: 77).

A este mismo estadio y a pesar del tiempo transcurrido, podemos adscribir los estudios de J. Carcopino referidos al Marruecos prerromano, pues aunque la actividad arqueológica había adquirido cierto auge en el país desde la década de los años veinte, no se había producido ningún hallazgo relevante que permitiera superar la situación anterior. Todos los esfuerzos de la investigación arqueológica en el Norte de África se habían concentrado en revivir su deslumbrante pasado romano, así, las excavaciones en área desvelaron grandes conjuntos monumentales pero no se osó ver lo que había debajo de los pavimentos marmóreos.

A pesar de la brillantez y erudición de su análisis de la literatura geográfica antigua sobre la región y muy especialmente del Periplo de Hannon (Carcopino, 1943: 137-139, 149-151 y 153-155; 1943a), su trabajo constituyó en algunos aspectos más una rémora que un avance, pues la aparente solidez de las más sugerentes de sus hipótesis impidió su revisión hasta época reciente. Según su lectura, el periplo de Hannon era un auténtico "itinerario" con indicaciones precisas de los lugares más destacados de la costa africana hasta el río Níger. El eje sobre el que se articuló la tesis de este autor fue la localización de *Kerné* en la isla de Hernè, en la bahía que forma el Río de Oro (Dajla, antes Villa Cisneros). Sin embargo, las minuciosas prospecciones realizadas posteriormente mostraron la imposibilidad de que allí se localizara un enclave fenicio o púnico. Por otra parte, el seguimiento del topónimo Hernè, que aparecía en las cartas inglesas del siglo XVIII, permitió verificar que procede de una corrupción del nombre "île des Herons" en las cartas náuticas del siglo XVII, que es a su vez la traducción de la "isla de las Garzas" de la cartografía española de la época (Euzennat, 1977: 81-89).

El momento en el que surge verdaderamente la arqueología fenicio-púnica en Marruecos tiene lugar a comienzos de la década de los años 50, con la realización de sondeos y excavaciones en área en yacimientos como *Lixus*, Sidi Abdselam del Behar, *Banasa* o Mogador, en los que se sacaron a la luz los primeros restos semitas arcaicos reconocidos como tales. Los nuevos vestigios arqueológicos aportaban una documentación completamente nueva, a veces insospechada, como ocurrió con la isla de Mogador, que hasta ese momento seguía siendo para la investigación un lugar sin nombre en la toponimia antigua, a lo sumo tímidamente identificada con las Islas de la Púrpura del rey Juba II (Plin. VI, 201; Vidal de La Blache, 1902: 325-329). Cuando menos el hallazgo sirvió para traer *Kerné* a latitudes menos áridas que a las que la había

desterrado J. Carcopino (Euzennat, 1976-78: 244; *Id.*, 1993; *Id.*, 1994: 222-223; *Id.*, 1994a: 559-580).

En 1950 dos profesores del Liceo de Essaouira buscaban precisamente en la isla de Mogador el rastro de las instalaciones para obtener la reputada púrpura gétula del rey Iuba II. Aunque jamás dieron con ellas, sin embargo, la prospección dio otros frutos: los vestigios de una factoría fenicia, reconocida desde el primer instante como tal a través de sus numerosas inscripciones sobre cerámica¹. La búsqueda de *Kerné* había concluido, aunque muchos sigan rastreándola en latitudes más meridionales.

Un hallazgo de semejante índole bien podía hacer desviar parte de los esfuerzos hacia el mundo fenicio. Se iniciaron así las excavaciones en el yacimiento, primero bajo la dirección de P. Cintas (1954) y después de A. Jodin (1957: 9-40; 1960) que nos presentaron en sendas publicaciones una parte de la rica documentación arqueológica.

La sombra de Cartago sobre Mogador no se retiró hasta tiempo después. La *Kerné* cartaginesa imaginada por Carcopino seguía viva en los trabajos de P. Cintas y F. Février (1966) sobre Mogador hasta que los estudios comparativos de los materiales realizados por A. Jodin demostraron el notable parecido de las cerámicas de Mogador con las halladas en las factorías del sur de la Península Ibérica y de la costa argelina de los siglos VII y VI a.C. Por otro lado, la inexistencia de construcciones fijas en la isla hacía inevitable recordar el texto del Pseudo Escílax (112, *G.G.M.* : 94; Jodin, 1966: 187) que señala que los fenicios al llegar a la isla de *Cerné* se albergaban en tiendas, y por lo tanto cabía sospechar que se trataba de una factoría estacional. Sin embargo el análisis del importante documento literario permite excluir cualquier relación entre ambos datos (López Pardo, 2000b), pues el Pseudo Escílax se refiere a un momento claramente posterior, de fines del s. V o siglo IV a. C., como demostraría el momento de redacción de la obra (338 y 335 a.C.) (Peretti, 1988: 118) y también la especificidad de la cerámica griega que se comercializa en *Kerné*, toda ella ática según el Periplo, cuando verdaderamente la cerámica de Atenas, excepción hecha de las ánforas, sólo se documenta en Marruecos a partir del siglo V a.C. (Villard, 1960: 10-11).

Lixus y el "Círculo del Estrecho"

1 De los primeros hallazgos dio una noticia somera Raymond Thouvenot (1954), Director de Antigüedades del "Protectorado" francés sobre Marruecos, encargando a Pierre Cintas los primeros trabajos de excavación.

Al mismo tiempo que se producía el descubrimiento fortuito de la factoría fenicia de Mogador, Miguel Tarradell (1952) programó la realización de una serie de sondeos estratigráficos, los primeros que se hicieron en Marruecos, en la colina de Tchemish, junto a Larache, buscando los vestigios prerromanos de *Lixus*, la ciudad fenicia que mencionaban las fuentes clásicas, prestigiada por las alusiones a su remota antigüedad.

El corte estratigráfico donde mejor se podía apreciar la ocupación fenicia y púnica era el que se denominó "Cata del Algarrobo" que ha quedado como un hito en la historiografía sobre la colonización fenicia en el Extremo Occidente, no sólo por ser el primer sondeo que afectaba a una secuencia fenicio-púnica en Marruecos, sino también porque se dieron a conocer por primera vez las cerámicas de engobe rojo (Tarradell, 1953: 161-167; *Id.* 1954: 113-118; *Id.* 1959: 270-274; *Id.* 1960: 248-51). Tiempo después M. Ponsich (1981) emprendió la publicación de unas excavaciones amplísimas en el llamado "barrio de los templos" que habían quedado inéditas. A pesar de no haberse descubierto en esa zona ninguna estructura que se pueda considerar fenicia, en algunos sondeos de comprobación aparecieron materiales de esa filiación en las proximidades de los edificios A y D y bajo el ábside del templo G.

M. Tarradell se embarcó en otro proyecto también muy ambicioso para la época, la prospección de los valles costeros de la abrupta costa del Rif, llegando a excavar los yacimientos prerromanos de Sidi Abdselam del Behar, en el estuario fósil de la desembocadura del uadi Martil, y Kudia Tebmain, en el uadi Emsá (1960; 1966).

Hemos de valorar el extraordinario mérito de sus trabajos, pues con ellos la arqueología fenicia en Marruecos progresó extraordinariamente, adelantándose, con la utilización de un método científico en el marco de proyectos coherentes, a los descubrimientos sobre la colonización fenicia en las costas de la Península Ibérica. Sin embargo, la publicación de los resultados de sus trabajos de campo fue menos exhaustiva de lo que cabía esperar, pues solo aparecieron avances en artículos de revistas y en comunicaciones a congresos. Ello se debió probablemente a la diversidad de temas que le tocó tratar prácticamente en solitario, desde el neolítico hasta época romana, sin contar con un equipo de apoyo. Lo cual explica que buena parte de los materiales recuperados permaneciera inédito y que sólo muy recientemente algunos de ellos hayan sido objeto de estudio.

Este investigador incorporó a su trabajo no sólo los métodos de excavación de la época sino también planteamientos teóricos procedentes de otras disciplinas que acababan de ser incorporados al debate epistemológico, como el concepto difusionista de "Círculo cultural". Su análisis de la

documentación marroquí con estos presupuestos sirvió así para destacar la homogeneidad de la cultura material en todo el ámbito fenicio del Extremo Occidente. No obstante, el modelo difusionista utilizado se agotó en sí mismo al no ser capaz de explicar el cambio cultural ni conocer como se gestó y se mantuvo dicha unidad de la cultura material en ambas márgenes del Estrecho. A pesar de ello ha tenido un eco verdaderamente inusitado en la investigación y es, junto a la exhumación de restos fenicios en *Lixus* y Mogador, la aportación surgida en tierras marroquíes que tuvo mayor impacto para el estudio de la expansión fenicia en Occidente no obstante las dificultades de su aplicación concreta y de la ambigüedad de su formulación por parte de M. Tarradell.

Ya desde su primer enunciado el “Círculo fenicio del Estrecho” fue considerado un ámbito con rasgos culturales propios que lo oponían a Cartago y su área de influencia (Tarradell, 1965: 229-31). Algunos elementos entresacados de la cultura material eran los indicios utilizados para esta distinción, así, las máscaras de terracota y las navajas de afeitar caracterizaban la zona de dominio cartaginés, mientras que el mantenimiento del engobe rojo en el tratamiento de las cerámicas después del S. VI a.C. era propio de las regiones en torno al estrecho de Gibraltar.

Dados los artefactos culturales manejados, el autor hizo una presentación restrictiva desde el punto de vista cronológico que condicionó, sin duda, la explicación de la existencia de esas dos “áreas culturales”; para él, su definición no se habría producido hasta el S. V a.C. El C. del E. sería un área cultural de predominio de la corriente fenicio-chipriota puesto que habría mantenido contactos ininterrumpidos con el Mediterráneo Oriental hasta época romana. Mientras, Cartago habría podido afianzarse como centro y sólo a partir de ese momento generaría estímulos culturales propios que se extendieron por su zona de influencia. El Occidente no habría contado en época púnica con un gran centro capaz de desempeñar el mismo papel. En este primer trabajo, C. del E. equivale a “área cultural o de influencia” y se consideró como agente transmisor al flujo poblacional que desde Oriente se diseminó por las colonias occidentales debido a las vicisitudes por las que pasó Tiro desde el asedio neobabilónico hasta época helenística.

Unos años después, M. Tarradell eliminó esa autoimpuesta limitación cronológica al proponer que ya desde época arcaica existía el C. del E. como una extensa área de predominio absoluto de la corriente oriental, estableciendo dos zonas, la Península Ibérica por un lado y el Norte de África por otro, que “representan un caso de paralelismo superior del que se había señalado hasta el momento” (1969: 223-5; 1976: 351-2). Ese “paralelismo” se manifestaría a través

de varios indicios: la existencia de tres tipos de asentamiento -ciudades, factorías y mercados- en ambas orillas; la identidad cronológica, ya que la colonización se desarrolló en la misma época en uno y otro ámbito; la fundación de sendos grandes templos consagrados a Melqart en *Gadir* y *Lixus*; y, por último, la repetición de prácticas funerarias como la incineración y la construcción de tumbas semejantes.

Vemos, pues, como Tarradell no propuso ningún tipo de organización interna de este "Círculo", ni siquiera indicó que formara una unidad, ya sea territorial, cultural, social o comercial, simplemente destacó ese "paralelismo" entre las dos orillas del Estrecho y su vinculación con Oriente, a diferencia de lo sucedido con el Mediterráneo central. No obstante, para el investigador la noción de "Círculo cultural" era intercambiable por la de "área cultural", en lo que apreciamos un intento por superar la simple confirmación de similitudes y del origen común de los estímulos culturales, una elección que no es meramente casual como veremos a continuación.

Si bien estos conceptos no han sido de uso común en la investigación sobre la Antigüedad, interesada por otros modelos, sí lo fueron de la investigación prehistórica. Los planteamientos difusionistas habían tenido una rápida aceptación entre los prehistoriadores españoles, formados muchos de ellos en los centros de investigación alemanes y/o vinculados al mundo científico anglosajón. Destacamos, por la similitud con nuestra cuestión, el trabajo de Martínez Santa-Olalla (1941): "Esquema paletnológico de la península Ibérica", donde definió dos áreas para la Edad del Bronce peninsular -el Bronce Atlántico y el Bronce Mediterráneo- que se llegarían a configurar por la existencia de contactos continuados entre los pueblos volcados sobre las fachadas atlántica y mediterránea respectivamente (Ruiz-Gálvez 1984:538). M. Tarradell no fue ajeno a su utilización para explicar la similitud constatada entre artefactos prehistóricos en la Península Ibérica y el Norte de Marruecos (Gran-Aymerich, 1988: 586). Sus excavaciones en las grutas de Gar Cahal y Caf Tah el Gar (1954: 344-58; 1955: 307-22) añadieron elementos novedosos a las ya conocidas cerámicas cardiales y a las cerámicas campaniformes y sus imitaciones aparecidas en yacimientos norteafricanos. Aunque estos constituyen el referente espacial más próximo para el "círculo cultural fenicio", Tarradell no vio una relación entre ambos, ya que el primero tendría importancia sólo hasta el Calcolítico y se basaría en los lógicos contactos comerciales y culturales, mientras que la similitud en la cultura material de los asentamientos fenicios de una y otra orilla del Estrecho se debería a la dependencia cultural de Oriente y no a sus relaciones mutuas.

En los años 50 y 60, época en la que Tarradell aplicó estas ideas a la presencia fenicia en Occidente, ya se habían empezado a contrastar

empíricamente los modelos antedichos con ciertas dificultades y por otro lado empezaron a cobrar fuerza los postulados de V.G. Childe, en especial su noción de cultura (arqueológica), definida como un conjunto de artefactos que aparecen asociados repetidamente en lugares de habitación y enterramiento, y, aunque restringió el uso de este término exclusivamente al plano material, propugnaba una relación casi mecánica entre "cultura arqueológica" y "pueblo" (Childe 1950; Trigger, 1982: 45-48; Martínez Navarrete, 1989:165-6). Esto produjo una reordenación de los términos, así, mientras la noción "cultura (arqueológica)" adquiría gran predicamento, las nociones de "área cultural" y "círculo cultural" se convirtieron en satélites de la primera. "Área cultural" acabó siendo considerada el ámbito espacial donde se desarrollaba ésta, perdiendo el valor utilitario que le dieron sus inventores, y por otro lado, "círculo cultural" se ha aplicado como sustituto de "cultura" cuando se intuía que el conjunto de *items* al que se refería excedía por algún motivo lo que se venía entendiendo por cultura, especialmente cuando aquellas asociaciones de rasgos no pertenecían al mismo pueblo. Una corrupción muy similar a la que ha sufrido el hoy nebuloso concepto de "horizonte cultural".

Con estas características adquirió pleno significado la delimitación de los dos "círculos culturales" que más resonancia historiográfica han tenido para la arqueología del Extremo Occidente: el "Círculo del Bronce atlántico" y el "Círculo (prehistórico) del Estrecho". En los cuales era evidente que, a pesar de estar constituidos por series de rasgos culturales comunes, se intuía que formaban parte de culturas diferentes², no tanto por el hecho de conservar otros rasgos diferenciales sino, sobre todo, por la sospecha de que un mar de por medio hacía imposible la existencia de una misma cultura en tierras separadas por él, al menos en época prehistórica. Está claro que Tarradell incorporó este sentido a sus planteamientos, aunque siguieron pesando en él mucho más la concepción original del "Círculo cultural" de la escuela histórico-cultural de Viena tan en boga durante la primera mitad del siglo XX y la idea de "área cultural" del difusionista norteamericano Kroeber (Cf. Martínez Navarrete 1989:112).

Los investigadores que con posterioridad han aplicado el concepto C. del E. parecen depender más de la más reciente explicación (o derivación) del término que estrictamente de las reflexiones del insigne arqueólogo. Después de un período amplio, ya bien entrada la década de los ochenta, se produjo una substancial disminución del uso de estos vocablos entre los estudiosos de los fenicios occidentales, mientras que los prehistoriadores los desecharon totalmente. Es significativa la ausencia de estas nociones en los modernos

² En los estudios sobre el B. Atlántico siempre se parte del principio de que jamás existió una cultura del B.A., utilizándose por ello nociones como "culturas atlánticas" o "culturas ligadas al comercio atlántico". Véase, M. Ruiz-Gálvez Priego (1987).

estudios sobre el Bronce Atlántico y sobre las relaciones hispano-norteafricanas durante la Prehistoria³. Quizás ello se deba al agotamiento del modelo difusionista que no fue capaz de explicar el cambio cultural, aunque tiene en su haber el ponerlo de manifiesto, que no es poco. Todavía sigue vigente la crítica de los antropólogos evolucionistas, en el sentido de que hay una receptividad diferencial a las influencias culturales que es independiente de la distancia, lo cual ha provocado el abandono de las nociones más significativas del modelo tanto por los antropólogos como por los prehistoriadores, generalizándose un vuelco hacia el análisis interno de las sociedades como si se tratara de sistemas cerrados y estudiando dentro de ellas los mecanismos de adaptación de componentes culturales foráneos, sin preocuparse de los sistemas de transmisión cultural y minusvalorando a su vez la existencia de complejos económicos y culturales interétnicos e interdependientes, en los que los fenómenos de interacción y retroalimentación tienen un importante papel desestructurador y, consecuentemente, estructurador de nuevas formaciones sociales.

Península tingitana

Al paradigma dominante anterior, de corte claramente difusionista, se solía sumar un escaso interés por el mundo nativo que entró en contacto con los nuevos residentes, problema que fue atenuado con los trabajos de M. Ponsich sobre las necrópolis de indígenas fuertemente semitizados de la región de Tánger. Pero de hecho, la enorme cesura entre lo autóctono, considerado objeto de estudio sólo de los prehistoriadores, y lo colonial jamás se ha cerrado.

Michel Ponsich, (1967; 1968; 1970: 67-168) se convirtió en el continuador de los trabajos de arqueología prerromana en Marruecos en la etapa de la descolonización. Centró su actividad en la región tangerina, llevando a cabo un exhaustivo recuento de los yacimientos prerromanos de la zona, haciendo excavaciones en aquellos que consideró más sobresalientes. El conjunto de mayor interés para nosotros lo formaron ocho necrópolis con características comunes diseminadas por el borde de los *yébeles*, que permitieron al autor mostrar por primera vez un conjunto de comunidades indígenas altamente influidas por la presencia fenicio-púnica, pudiendo establecerse una secuencia evolutiva desde la Edad del Bronce hasta época púnica. No obstante han sido necesarias nuevas revisiones de la documentación (López Pardo, 1990: 23-36; Kbiri Alaoui, 2000: 1185-1196). Sin lugar a dudas, como veremos más adelante, la investigación sobre las necrópolis tingitanas no se ha agotado, pareciendo

³ Véanse los trabajos publicados en el *I.C.I.E.G.*, 1987 (1988).

prioritario retomarla con la mayor decisión posible y desde nuevos planteamientos, pues constituyen una fuente de información imprescindible para aclarar distintas cuestiones de la protohistoria tingitana.

En el marco de su amplia prospección del territorio, M. Ponsich dio con uno de los yacimientos que más ha aportado al conocimiento de las cerámicas prerromanas del Extremo Occidente: los alfares de Kuass (1967: 369-405; 1968: 225-35; 1968a; 1969: 273; 1969a: 75-98; 1969b: 56-80). A pesar de que sus estudios tuvieron un carácter provisional y los materiales fueron presentados de forma muy fragmentaria, de ellos surgió una tipología de ánforas a la cual el yacimiento dio su propio nombre, también un interesante conjunto de cerámicas que imitan formas campanienses a las que se denominó "tipo Kuass" y otros productos de tipología púnica o de influencia griega. Aunque nos encontremos en un área de alfares no por ello podemos colegir necesariamente que todos los tipos cerámicos reseñados en su día fueron fabricados localmente, según me han comentado M. Kbirí Alaoui y A.M. Niveau.

Sin duda los materiales de Kuass adolecen de una profunda revisión a la luz de los trabajos arqueológicos y estudios que se vienen realizando en los últimos años sobre la cultura material púnica en la región del Estrecho. Esta revisión está siendo llevada a cabo por Mohamed Kbirí Alaoui con no pocas aportaciones en el marco de su proyecto de tesis doctoral, sobre lo cual ya nos ha adelantado algunos resultados (Kbirí Alaoui y López Pardo, 1998: 5-25; Aranegui, C., Tarradell-Font, N., Kbirí Alaoui, M, y Caruana, I. (2000): 18-21; Kbirí Alaoui, 2001). Sobre la tipología anfórica de Kuass también se ha hecho alguna puntualización, como la unificación las formas II y III en una sola que no es otra que la Mañá-Pascual A4, permitiendo señalar que estos alfares eran los abastecedores de envases para las salazones de pescado de la zona (López Pardo, 1990). Esta producción de Kuass ha llegado a documentarse en Corinto, donde se localizó un almacén en el puerto con abundantes ánforas de este tipo, algunas de las cuales proceden sin lugar a dudas del alfar tingitano (Maniatis *et alii*, 1984: 205-222)

Algo más al interior, en el lugar de Dchar Jdid, se ha podido localizar el asentamiento de *Zilil*, mencionado por algunos autores antiguos, desechándose definitivamente la hipótesis de que se encontraba sobre la costa, en Arcila, gracias a la epigrafía hallada *in situ*. Un sondeo realizado en el sector conocido como "La Ciudadela" ha permitido sacar a la luz estructuras y materiales de época prerromana (Akerraz y otros, 1981-1982: 169-244) que se encuentra estrechamente ligado al yacimiento próximo de Kuass. La revisión de materiales nos ha permitido fechar su fase más antigua en el siglo IV a.C. (López Pardo, 1990a: 7-41), extremo que han confirmado después otros especialistas.

De nuevo *Lixus*

Los trabajos de reexamen y de interpretación de lo ya conocido han mantenido vivo el interés por el mundo fenicio-púnico en la fachada atlántica africana en los últimos años haciendo patente la necesidad de iniciar proyectos de más envergadura, a lo que no es ajeno tampoco el espectacular avance de los estudios sobre la colonización fenicio-púnica en Túnez, Sicilia, Cerdeña y Península Ibérica.

A finales de la década de los ochenta, *Lixus* es de nuevo objeto de atención, constituyéndose un equipo de trabajo dirigido por M. Fernández Miranda y M. Habibi, que se centró en el estudio del período protohistórico del yacimiento. Se inicia el proyecto con una revisión de materiales que da lugar a sendas publicaciones, una de ellas recogen un balance de las antiguas excavaciones españolas (C. Aranegui, M. Belén, M. Fernández Miranda y E. Hernández, 1992) y otras se ocupan de los materiales más antiguos del yacimiento (M. Habibi, 1992; Belén, M., Escacena, J.L., López Roa, C. y Rodero, A. 1996). Algunos de estos trabajos fueron publicados en el marco de la convocatoria institucional de un coloquio sobre *Lixus* que pretendía relanzar decididamente la investigación sobre el importante yacimiento. En el mismo se presentaron otras contribuciones que atañían al mismo período y que completaban el panorama histórico-arqueológico del enclave del bajo Lucos en época fenicio-púnica (Bokbot y Onrubia Pintado; Bonnet; Gras; López Pardo; Maass-Lindemann; Ribichini).

Tras la desaparición prematura de M. Fernández Miranda fueron retomados los trabajos por un equipo multidisciplinar de la Universidad de Valencia y especialistas marroquíes dirigido por C. Aranegui y M. Habibi, iniciándose excavaciones en 1995 en uno de los antiguos sondeos realizados por M. Tarradell, la “Cata del Algarrobo”, cuyos primeros resultados se encuentran ya en prensa. La variedad de las nuevas informaciones que ha reportado el sondeo enriquece notablemente el conocimiento del período fundacional de la colonia, gracias sobre todo a la aparición de cerámicas a torno típicamente fenicias de formas muy arcaicas y de otras a mano que constituyen más del 60% del total en el nivel de base del sondeo, entre las que cabe destacar cerámicas esgrafiadas de calidad y vasos “a chardon” característicos de un horizonte del Bronce Final colonial, además de vasos con decoraciones digitadas, incisas, etc.

Desgraciadamente el auge constructivo de época púnica tardía que se observa también en otros lugares del yacimiento hizo desaparecer en la “Cata del Algarrobo” gran parte de la estratigrafía anterior, perdiéndose

prácticamente todo el registro comprendido entre los siglos VII y IV a.C.⁴ Esperamos que la continuación de los trabajos complete este período que la secuencia de la “Cata del Algarrobo” ha impedido documentar, así como, a pesar de que lo logrado hasta ahora es del máximo interés, acrecentar más aún el conocimiento de las primeras fases de *Lixus*, considerada una de las fundaciones más antiguas de los fenicios del Extremo Occidente.

La recogida de muestras carpológicas, de restos de fauna, pólenes, semillas, etc. en el proceso de excavación está permitiendo avanzar decididamente en el conocimiento de los recursos abióticos del enclave fenicio, en la reconstrucción paleoambiental del territorio, a lo que hay que sumar el interés de los trabajos de reconstrucción paleogeográfica del estuario del Lucos, realizados al mismo tiempo, así como de los sondeos paleoecológicos practicados en el valle del Lucos con anterioridad (Ballouche, 1986), que aportan información útil sobre los cambios sufridos en el territorio por la acción antrópica, en especial por la deforestación y la introducción de cultivos en época histórica.

Recientes intervenciones en *Lixus* enmarcadas en otros proyectos han permitido sacar a la luz en la “Plataforma de los templos” materiales fenicios formalmente muy arcaicos, tan antiguos o más que los de la “Cata del Algarrobo”, en una ladera de la colina, que nos remitiría a un momento no determinado por cronología absoluta, pero que por comparación formal con las cerámicas halladas en niveles de otros yacimientos con dataciones calibradas remiten perfectamente a la segunda mitad del s. IX a.C. Lo cual parece corresponderse con el nuevo análisis de los textos que se refieren a la elevación del templo extraurbano consagrado a Melqart (López Pardo, 2000a).

También de *Lixus* procede un colgante de cestillo en plata hallado en prospección superficial, similar a los hallados en las necrópolis de la región de Tánger así como en la de Cádiz datada en el siglo V a.C. Un indicio de interés que añadir al exiguo panorama púnico lixita (Hassini y Mlilou, 1999).

Muy recientemente Abdelaziz El Khayari ha iniciado en Recada la excavación de una de las necrópolis de *Lixus*, donde ha podido exhumar una tumba con nicho lateral que recuerda a otras de la región de Tánger. El interesante ajuar aparecido junto a la inhumación cuenta entre otras cosas con un braserillo de bronce de un solo asa sobre el cual apareció depositada una “venencia chipriota” similar a otra hallada en *Lixus* (Boube-Pocot, 1995: 68), lo cual parece asociar el enterramiento a un personaje con alguna función sacerdotal. Se inserta cronológicamente en el s. VI a.C. Hasta ahora la colonia

4 Debo a la amabilidad del Prof. C. Gómez Bellard, esta información.

lixita se había resistido a darnos a conocer sus recintos funerarios fenicio-púnicos, por lo que este nuevo descubrimiento adquiere una relevancia inusitada.

El reciente descubrimiento de un hábitat sobre la pequeña plataforma de Azib Slaoui, a 24 km de *Lixus* y a 5 km al noroeste de Qsar el Kbir permite identificarlo como un asentamiento autóctono ampliamente imbricado con *Lixus*, a juzgar por la abundancia de materiales lixitanos hallados en la prospección realizada en el lugar (Akerraz y El Khayari, 2000: 1651-1657). Los fragmentos de cerámica de engobe rojo y de ánforas han permitido asegurar por el momento una ocupación desde la segunda mitad del s. VI a.C. hasta el s. III a.C. Según estos investigadores el habitat autóctono debió surgir y desarrollarse en relación con la ciudad de Lixus (Akerraz y El Khayari, 2000: 1667). Por fin se ha podido documentar la influencia del enclave fenicio sobre el valle del Lucos, aunque todavía es prematuro sacar conclusiones acerca del momento en que *Lixus* empieza a proyectarse hacia el interior del país.

No menos interesante es la excavación de una necrópolis con cistas de inhumación similares a las tingitanas en las proximidades de Azib Slaoui⁵. El análisis exhaustivo de los restos está permitiendo desvelar no pocos datos sobre el ritual funerario, como el uso del ocre rojo sobre los huesos descarnados, a veces envueltos en pieles, etc.

El hallazgo amplía el territorio de dispersión hasta el curso medio del Lucos de este tipo de enterramiento en cista trapezoidal compuesta por grandes placas de piedra, con inhumaciones individuales o, a lo sumo, dobles, donde los cadáveres aparecen en posición de decúbito lateral flexionado, a veces con restos de ocre rojo como en la necrópolis de Mries (Jodin, 1964a: 22). Este tipo de enterramiento sobre el que se extiende la influencia fenicia y púnica a través de la deposición de ciertos elementos del ajuar funerario y mediante la incorporación de ciertas creencias sobre el más allá, hunde sus raíces en la Edad del Bronce con claras concomitancias con las tumbas de finales del II milenio a. C. del sur peninsular, con el que mantiene fluidas relaciones la península tingitana, como mostraría el hallazgo en la necrópolis de Mers de algunos objetos metálicos, una punta de flecha en espiga y una pequeña hoja de alabarda de carácter no utilitario, claramente adscribible al tipo Carrapatas (Ponsich 1970:50 y 55; Onrubia, 1988:162; Souville, 1988: 290). Este tipo de enterramiento parece usarse más allá de la región tangerina en la franja mediterránea, pues ya se documentó el hallazgo de una tumba muy similar en Alí Thalât, sobre una meseta en la orilla izquierda del Uadi Lau (Quintero Aauri: 1940: 563-4).

⁵ La necrópolis está siendo excavada por un equipo dirigido por Abdelaziz El Khayari, al que agradezco la información sobre tan relevante trabajo.

Entre Lixus y Mogador

Entre los dos grandes yacimientos, que distan entre sí cerca de 800 km, los descubrimientos han sido extraordinariamente pocos a pesar de los reconocimientos realizados a lo largo de la costa. Sin embargo ello no debe servirnos de argumento para sugerir una escasa implantación fenicia en la zona. En ese espacio se encuentran algunos cauces fluviales que permiten una fluida comunicación con el interior del país, como el Bou Regreb, el Oum er Rbia o el Tensift. *A priori* la cuenca del Sebú parece la de mayor interés a pesar de que aún no se haya localizado ningún asentamiento fenicio en el estuario, sin embargo, la localización de un enclave como el de *Banasa*, a 80 km de la desembocadura, en un lugar al que se podía llegar en barco, permite sospechar la existencia de uno o varios enclaves próximos al mar (López Pardo, 1996: 259-260). En este *tell*, en el cual se habían exhumado sólo los niveles romanos de una colonia fundada en época de Augusto, se realizaron en 1955 dos profundos sondeos que sacaron a la luz un hábitat prerromano del que se hizo inicialmente una publicación parcial (Euzennat, 1958; Luquet, 1964). En los niveles más antiguos se localizaron alfares donde se manufacturaron cerámicas de tradición local y se imitaron formas importadas que llegaron con fluidez al enclave. Treinta años después fueron publicados materiales de un gran interés que habían quedado inéditos y una secuencia estratigráfica de extrema complejidad que planteaba no pocos problemas de interpretación y cronología, fechándose en el s. IV a.C. el nivel más antiguo de la ocupación del lugar (Girard, 1984: 11-93; 1984 a: 145-154). Ello obligó a una nueva revisión de los materiales publicados y de la secuencia arqueológica, en la que se precisaba una cronología más alta (segunda mitad del s. VI a.C.) para la unidad estratigráfica más antigua de los sondeos realizados en su momento por H. Luquet (López Pardo, 1990 a: 9-16) que ha permitido integrar *Banasa* en un contexto histórico-cultural más adecuado como se ha puesto de manifiesto recientemente (Aubert, 2000: 31). Quedan, sin embargo, muchas cosas por elucidar y son muchas más las que nos pueden aportar nuevas intervenciones en el enclave banasitano. Seguramente en conexión con *Banasa* y la vía de penetración del Sebú se encuentra el hallazgo de un ánfora Mañá-Pascual A4 datable del s. III a.C. en el túmulo principesco de Sidi Slimane, sobre el uadi Beth (Ruhlman, 1939).

En la desembocadura del Bou Regreb, nos encontramos con lugares idóneos de ocupación fenicio-púnica en la Casbah de los Oudaias y en Chellah, adecuados por su posición y por indicios arqueológicos inseguros, como la aparición de cerámicas posiblemente arcaicas (Luquet, 1973-75: 261; Ponsich, 1982: 429-444; Boube, 1981: 166-168) que necesitan un análisis minucioso, al parecer se trata de cuencos semiesféricos de pasta similar a los

antiguos hallados en Mogador⁶. Por otro lado, el nombre antiguo de Chellah, *Sala*, no ofrece dudas sobre su origen semita.

Los escasos hallazgos que ha provisto la amplia franja costera entre *Lixus* y Mogador no constituye, en nuestra opinión, prueba de una limitada ocupación semita, ni en última instancia de la escasez de trabajos de campo, sino que derivan claramente de las dificultades para obtener resultados por las importantes colmataciones de arena que alteran el paisaje costero, así como a los aportes aluvionarios en los estuarios de los ríos importantes.

Mogador

Desde los trabajos arqueológicos realizados en 1956 y 1957 y su consiguiente publicación (Jodin, 1957; *Id.* 1960) la factoría fenicia de Mogador no fue objeto de atención durante más de treinta años, a pesar del innegable interés del enclave para el estudio de la presencia fenicia en el Atlántico, un ámbito que, a diferencia de las costas mediterráneas, no ha provisto hasta muy recientemente una documentación arqueológica abundante y variada (Cf. Aubet, 2000). La identificación de Mogador con *Kernè*, uno de los *tópoi* geográficos más sugerentes de la Antigüedad, definitivamente confirmada por los estudios de M. Euzennat, tampoco ha servido para tomar conciencia de sus múltiples implicaciones para una lectura más adecuada de la documentación literaria sobre las exploraciones atlánticas y su conexión con la presencia fenicia en la región, pues en caso contrario habrían puesto de manifiesto la urgente necesidad de retomar los trabajos sobre Mogador. Una primera aproximación a su problemática (López Pardo, 1992a) llevó a valorar su condición de "factoría última" y su carácter estacional a través del registro arqueológico ya conocido por las antiguas publicaciones, siendo el primer caso documentado para la época arcaica de este tipo de asentamiento. Por otra parte se señaló en ese mismo trabajo la procedencia atlántica de las defensas de elefante con *graffiti* del pecio del Bajo de la Campana (Murcia) que antes se consideraban procedentes de la zona de Cartago (Cfr. Aubet, 1995).

El desarrollo de un primer proyecto a partir de 1994 concernió al estudio de las cerámicas de la factoría, de la cual se había dado a conocer sólo una ínfima parte, tomando como punto de partida las conclusiones previamente adquiridas acerca del carácter último y estacional del enclave (López Pardo, 1996a). De la cincuentena de fragmentos publicados de la factoría fenicia de Mogador se pasó a reconocer los más de cinco mil trozos de cerámica almacenados en cajas del museo de Rabat, que debe constituir sólo una parte de lo exhumado, a juzgar por los amontonamientos de fragmentos de ánforas

⁶ Debo esta noticia a la amabilidad del Dr. Abdelaziz Elkhayari.

que hemos podido ver en la isla, o la no menos curiosa escasez de trozos de cerámica a mano recogidos. A pesar de que los materiales almacenados no contaban con una adscripción estratigráfica precisa, lo cual limitaba la obtención de resultados relacionados con la evolución diacrónica del yacimiento, no obstante, el estudio del material cerámico ha permitido conocer mejor el funcionamiento de la factoría. Hasta ahora han sido objeto de estudio las cerámicas pintadas cuyo examen nos ha deparado una especial vinculación con el ámbito gaditano, aunque sin desdeñar notables similitudes con los productos de la Axarquía malagueña (Kbiri Alaoui y López Pardo, 1998). También se ha podido realizar un estudio preliminar de las abundantes cerámicas de engobe rojo en conexión con las precisiones cronológicas que sus formas reportan (López Pardo y Habibi, e.p.).

Especial interés tenía el estudio de los *graffiti* sobre cerámica, especialmente abundantes en Mogador, de los cuales ya se conocía algo más de un centenar de fragmentos (Février, 1966; Amadasi Guzzo, 1992), a los que fue posible sumar 18 grabados inéditos. Pero el mayor interés del estudio residió en determinar las formas de los soportes cerámicos en los que aparecieron estos nuevos grabados y aquellos que habían sido publicados antes, cuestión fundamental para precisar cual era su función, ya que las propuestas anteriores no parecían satisfactorias. Ello permitió señalar una predilección por las ánforas, los platos y cuencos de engobe rojo, que se explica por la composición no familiar de los grupos de individuos que se desplazaban a la factoría estacional, que grababan sus recipientes de uso para que no fueran utilizados por otros, una práctica claramente vinculada al mundo mariner y mercantil (Ruiz Cabrero y López Pardo, 1996).

En el año 2000 se aborda la realización de un nuevo proyecto hispano-marroquí (El Khayari-López Pardo dir.) que se puede considerar consecuencia lógica de los trabajos anteriores que tiene como objetivos la realización de prospecciones sistemáticas en la isla y en el territorio continental adyacente, además de otras selectivas en los cauces medio y bajo de los ríos comprendidos entre el uadi Tensift y el Tidzi, a ello hay que sumar sondeos estratigráficos en la factoría insular. Sin entrar en detalles, pues se trata de una actividad todavía en marcha cuyos resultados serán objeto de publicaciones conjuntas, se pueden apuntar sólo algunas cuestiones muy generales como el reconocimiento de nuevas áreas arqueológicas en la isla que nos ilustran sobre la amplitud de la ocupación en época del rey Juba II y la persistencia del poblamiento durante el Alto Imperio. La localización en el territorio continental inmediato de restos de época mauritana y romana junto a la desembocadura del uadi Ksob y en las elevaciones más próximas indican claramente un control estratégico de la bahía. En el área correspondiente a la factoría fenicia son todavía muy abundantes las

ánforas R1 desechadas en las antiguas excavaciones que nos muestran una variedad de pastas realmente remarcable.

Quizás uno de los datos más interesantes sea la constatación de actividad metalúrgica sidérica que se corresponde también con la noticia recientemente publicada por A. Jodin (Aranegui, Gómez Bellard, y Jodin, 2000: 35) de que en sus excavaciones de 1956 y 1957 apareció abundante escoria de hierro en los niveles fenicios⁷. El mineral procedía del entorno, pues a unos 25 km al noreste de la factoría existen concentraciones férricas en el yebel Hadid (montaña del Hierro, en árabe) que han sido explotadas en época reciente. También precisamente a la altura del yebel sobresale en el mar el Ras Hadid (Cabo del Hierro)⁸.

El descubrimiento de escoria de hierro indica que el enclave norteafricano parece reproducir una misma estrategia productiva y comercial que otros asentamientos fenicios. Dicha actividad metalúrgica puede ser incluida en el marcado proceso de “colonialización” que se detecta en la economía fenicia occidental, al no tratarse simplemente de una producción con destino al mercado mediterráneo, sino al abastecimiento de las poblaciones autóctonas de la zona a cambio de los productos tradicionalmente adquiridos en el país: marfil, pieles, huevos de avestruz, oro, etc. De igual manera que otras factorías hacían lo propio con otras comunidades indígenas peninsulares y norteafricanas, pues en esa época no habían incorporado aún la tecnología necesaria de esta manufactura (López Pardo, 2000: 37-38).

En el Alto-Atlas, las estaciones rupestres de Oukaimeden, cerca de Marrakech y del Yagour, también próxima (Simoneau, 1968: 18; Jodin, 1964: 47-116), nos ofrecen abundantes representaciones de puñales, alabardas, lanzas y de carros ligeros⁹, muchas de las cuales se deben fechar entre los siglos VII y IV a.C. aunque algunos grabados de armas son, sin duda, anteriores, en razón de sus paralelos en el Bronce Atlántico peninsular. El sur de Marruecos apenas ha reportado objetos metálicos prerromanos, por lo que seguramente eran extraordinariamente escasos y la mayoría debían proceder del comercio exterior y de factorías como Mogador, aunque ello no es obstáculo para sospechar que hubiera alguna producción local, especialmente de armas de cobre y bronce. A este respecto es necesario destacar que el

7 Hallazgo al que hay que sumar como indicio dos toberas de arcilla vitrificadas por la acción del calor que ya eran conocidas, pero a las que en su día hicimos poco caso en razón de su posible uso para la reparación de objetos metálicos, como se había apuntado para otros yacimientos como Morro de Mezquitilla y Toscanos.

8 Al consultar la bibliografía oportuna, no hallamos referencias a extracción de hierro en esta zona en época medieval.

9 Según recoge Estrabón (XVII, 3, 7) los pueblos de esta región utilizaban carros armados, mientras los que habitan más al norte montan a caballo.

armamento de hierro proporcionaba un formidable poder de coerción a los grupos que podían acceder a él, frente a aquellos otros que contaban con armamento lítico, de cobre o, en el mejor de los casos, de bronce (*Cfr.* Vernet, 1996), lo cual redundaba sin duda en beneficio de una posición holgada de la factoría de cara a la población del país.

Así, a pesar de la importancia de la región tingitana como centro de intercambios euroafricanos en época fenicia no debemos considerarlo como el único escenario de transmisión de bienes, pues debemos sospechar por ciertos indicios que los grandes valles atlánticos como el Lucos, Sebú, Bu Regreb, Tensift, Sus y Draa, se encontraban abiertos al intercambio durante la Edad del Bronce, de la misma manera que los estuarios de la costa portuguesa. De esta manera la frecuentación comercial fenicia de esta costa no debió percibirse como una novedad por las gentes del país, ni tampoco el establecimiento de una factoría estacional como Mogador, que parecía cumplir esa función proveedora a la que sumaba la producción *in situ* de parte de los bienes objeto de intercambio. A pesar de ello, parece innegable una mayor incidencia desestabilizadora en la región, gracias al mayor aporte de armas metálicas al ámbito atlásico y a la reestructuración de las redes de intercambio hacia Mogador como nuevo foco de atracción de las materias primas regionales de interés colonial.

El análisis integrado de los datos arqueológicos, de los textos y de la toponimia ha permitido seguir el rastro de la secuencia subsiguiente en el área de Mogador. El hallazgo de materiales anfóricos desde la primera mitad del s. IV y más nutridamente del s. III a. C. en el área arqueológica donde se encuentra la factoría arcaica desaparecida a mediados del s. VI a.C., parecen indicar que las visitas esporádicas señaladas por el Pseudo Escílax concluyeron con la fundación de un pequeño asentamiento estable. La localidad de Mogador (actual Essaouira, enfrente de la isla), era conocida en los textos medievales (Al-Bekri) con el nombre de *Amogdoul*. Como recoge Edouard Lipinski (1992: 126), se trata de un término común en fenicio y púnico que designa algún tipo de baluarte, ya sea una torre o una pequeña fortaleza. Parece, pues, evidente que se instala en Mogador o en la actual Essaouira una pequeña factoría fortificada, con una infraestructura exigua, similar a la que muchos siglos después construyeron los portugueses en este lugar (López Pardo, 2000b).

En la costa mediterránea

También en la costa mediterránea debemos esperar no pocos progresos. Aún nos deben deparar algunas sorpresas los depósitos del museo de Tetuán donde se guardan los materiales de las antiguas excavaciones de los

yacimientos de Sidi Abdselam del Behar y de *Tamuda*. Del primero proceden cerámicas de engobe rojo que nos llevan bastante más allá del s. V. a.C., la fecha propuesta por Tarradell (1960; *Id.* 1966) para los inicios de este enclave (López Pardo 1996: 268; *Id.* 1998: 41-42). De la localidad de Tamuda, tradicionalmente datada en época púnico-mauritana, procede una fíbula tipo acebuchal (Boube Picot 1995: 68) y un oinocoe de boca de seta que nos remiten al menos al s. VI a.C. Ello nos permite vislumbrar una articulación entre el asentamiento fenicio del estuario del Martil (Sidi Abdselam del Behar) y la localidad de *Tamuda*, situada a 19 km del mismo siguiendo el curso del río.

Por otro lado, el abundamiento en hallazgos de materiales fenicios en el próximo valle del uadi Lau nos permite vislumbrar una proyección fenicia sobre la costa rifeña de mucho mayor alcance de lo que se ha supuesto hasta ahora. Se han encontrado importaciones fenicias en Kach Kouch, asentamiento indígena situado sobre una pequeña plataforma de unos 40 metros de diámetro que domina la llanura aluvionaria del Lau, a una distancia de 9 km de la desembocadura a vista de pájaro. El hábitat era de cabañas hechas con armadura de madera y cubiertas con ramaje y barro y contaba a su vez con cavidades hechas en el suelo rocoso, especie de silos excavados en los espacios domésticos. Entre las cerámicas a mano se encuentran jarras de almacenaje de fondo plano, a veces con el hombro decorado con incisiones o impresiones a veces realizados sobre cordones aplicados (Bokbot y Onrubia, 1995: 222-3). La aparición de cerámica pintada y de engobe rojo asociada a cerámica a mano bruñida esgrafiada permite sospechar el comienzo de las importaciones en un momento alto de la orquilla cronológica explicitada por los excavadores entre el s. VIII y VI a.C., aunque por el momento es imposible asegurarlo¹⁰.

El Marruecos oriental había sido poco prolífico en resultados, más que por la escasa o nula presencia fenicio-púnica, por la falta de trabajos de campo. El hallazgo reciente de materiales fenicios arcaicos en la desembocadura del uadi Amekram, entre el cabo Tres Forcas y Al Hoceima, cubre en parte esta laguna y reporta datos de interés por el hallazgo de dos yacimientos interconectados, uno al borde del mar y otro a un kilómetro de distancia con materiales coloniales. Al otro lado del cabo, *Rusaddir* (Melilla) presenta interesantes perspectivas tras el inicio de actuaciones arqueológicas en la Plaza de Armas, el istmo que une el promontorio con tierra firme que están aportando documentación de época púnica, mauritana y romana, donde se ha podido exhumar un santuario de tradición púnica seguramente consagrado a Astarté. La cronología de los vestigios más antiguos se corresponden con las informaciones literarias que nos remiten fehacientemente a una fecha anterior

10 Debo a la amabilidad del prof. Jorge Onrubia indicaciones sobre el material cerámico del yacimiento.

a la segunda mitad del siglo IV a.C. (Pseudo Escílax 112). Sin embargo, algunos materiales residuales hallados en este sector precisan una datación acorde con la mención de *Metagonion* por Hecateo (Frag. 324, Müller, *F.H.G.* 24) que prueban su existencia ya en el s. VI a.C., lo cual nos permite cubrir el hiato que hasta el momento dejaba en un aislamiento incomprensible los yacimientos fenicios de Argelia occidental, culturalmente tan próximos a los de Marruecos y la Península Ibérica (López Pardo, 1998). El enclave se encuentra en el extremo norte de una amplia albufera, la Sebja Bu Arg (Mar Chica), con recursos explotables y no debió ser desdeñable su valor estratégico al asegurar la comunicación entre el Mediterráneo Central y el Estrecho por el derrotero africano, que vemos fuertemente potenciado por Cartago tras su implicación en los asuntos de la región del Estrecho. No menos valorable debe ser su proyección continental, gracias a su proximidad a la desembocadura del río Muluya, vía principal de penetración hacia las estribaciones del Atlas desde el Mediterráneo que posibilitaba el flujo de recursos atlásicos a cargo de los grupos que nomadeaban a lo largo del río, hecho constatado hasta época reciente.

La síntesis por hacer

Es cierto, como decíamos al principio, que cada vez que se hacen nuevos trabajos no sólo se aportan nuevos datos sino que se vuelven obsoletas muchas de las explicaciones anteriores. Por ello la percepción de que los trabajos avanzan hace desistir a la mayoría del esfuerzo que supone pararse a reflexionar e integrar lo ya conocido en una explicación coherente en ese momento. Sin embargo, de vez en cuando es necesario no sólo hacer un recuento de lo adquirido sino esforzarse por realizar una síntesis histórica, para evitar que el trabajo se convierta en un cúmulo de datos y de aportaciones puntuales cada vez más voluminoso y menos manejable y con el fin de abrir nuevas perspectivas a la investigación.

En este sentido hemos de reconocer el mérito del primer trabajo de síntesis sobre las colonizaciones prerromanas en Marruecos que fue publicado por M. Tarradell en 1960. A pesar de la escasa documentación existente en la época, en su *"Marruecos púnico"* ya pudo esbozar a grandes trazos la dinámica de la presencia colonial. Unos años antes, P. Cintas había publicado su meritorio *"Contribution à l'étude de l'expansion carthaginoise au Maroc"*, un trabajo muy fresco, fruto de una corta estancia en el país durante la cual hizo una primera excavación en Mogador, visitó el yacimiento de *Lixus* que estaba siendo excavado por M. Tarradell y pudo ver en Tánger los materiales que C.L. de Montalbán guardaba de sus peculiares trabajos arqueológicos en *Lixus* y otros lugares del norte de Marruecos, llegando a publicar un mapa arqueológico cedido

por el anterior con multitud de referencias arqueológicas que jamás han podido ser contrastadas a pesar del esfuerzo realizado en este sentido por M. Tarradell. Una aportación a la síntesis se puede considerar el trabajo de M. Ponsich "*Territoires utiles du Maroc punique*", donde se presenta una lista exhaustiva de yacimientos coloniales e indígenas que habían recibido objetos foráneos.

Los espectaculares avances en el conocimiento del "universo fenicio", producto del trabajo de las dos últimas décadas, han ampliado notablemente la visión que tenemos actualmente de su pasado en Marruecos, pues con otros ojos se ha podido mirar tanto su cultura material como los textos referidos al país, con el objeto de realizar una lectura histórica integral. Pero también ha producido beneficios en sentido contrario, la arqueología fenicia del Marruecos Atlántico ha enriquecido la visión global de la expansión fenicia en Occidente, pues ciertos fenómenos coloniales se aprecian con más nitidez en estas tierras. Ello ha posibilitado ya una aproximación a la secuencia del poblamiento fenicio en la región (López Pardo, 1996) gracias a la revisión de los materiales procedentes de antiguas excavaciones ya publicados y de unos pocos hallazgos nuevos, definiéndose tres impulsos de colonización marcadamente diferentes, que I. Manfredi ha cotejado con el Magreb oriental (2001). Este proceso tiene sustanciales concomitancias con el que tiene lugar en el sur de la Península Ibérica, lo que nos remite a un proceso paralelo o integrado del mismo. M.E. Aubet (1994: 257-259; 2000) ha insistido en su inclusión en una esfera atlántica con centro en *Gadir*, de donde emanaría el impulso colonizador en las costas africanas, aunque a este respecto parece cuestionable su propuesta de que la fundación de *Lixus* se inscribe en el mismo proceso que Mogador, que es, cómo mínimo, cien años posterior, como han puesto de manifiesto tanto la revisión de la documentación arqueológica recuperada en las antiguas excavaciones (Aranegui *et alii*, 1992; Habibi, 1992; López Pardo 1992; G. Wagner, 1996: 428) como los materiales procedentes del nuevo sondeo en la "Cata del Algarrobo" y el estudio de la cerámica de Mogador (López Pardo y Habibi, e.p.).

La fase púnica más antigua sigue siendo poco conocida en Marruecos, pareciendo necesario un estudio exhaustivo de este período. Los datos arqueológicos apuntan a un proceso de punicización con rasgos muy similares a los de la costa septentrional del Estrecho de Gibraltar que parecen indicar un desarrollo común vinculado a la posición hegemónica de Cartago en Occidente. Afortunadamente la información literaria señala para Marruecos de forma más precisa que para la Península Ibérica la implicación cartaginesa en los asuntos del Extremo Occidente (López Pardo, 1991).

Sobre este período es necesario tener en cuenta la observación realizada por A. Mederos Martín (e.p.), quien aprecia una escasez de materiales púnicos de los siglos V-III a.C. en la mayoría de los yacimientos marroquíes, con la excepción de Kuass y *Lixus*, en el norte, y cree que en este último lugar falta por valorar adecuadamente. Esta observación, seguramente matizable, quizás nos sirva para poner en relación el vacío detectado en Mogador desde mediados del siglo VI a.C. con las noticias sobre la destrucción de factorías tirias por los *Nigrites* y *Pharusii* reportadas por Ofelas y Eratóstenes (Estrab. XVII, 3, 8) que tendría lugar antes de la formalización del comercio “no presencial” (silencioso) en la región señalado por Heródoto. Esta situación, que significaría el repliegue tirio hacia sus colonias seguras, justificaría la penetración cartaginesa en la zona y que fuera a ellos precisamente a quienes Heródoto atribuyera esta forma de intercambio en la región.

En suma vemos la necesidad de ir haciendo acopio de la documentación necesaria para elaborar una síntesis, aún a riesgo de que quede superada en poco tiempo, pero si ello ocurre será un excelente síntoma de que se han realizado sustanciales progresos.

Como se ha podido apreciar a lo largo de estas páginas, hoy en día avanzamos en el análisis del registro arqueológico de los importantes yacimientos de *Lixus* y Mogador con planteamientos deudores de la “nueva arqueología”, con un énfasis en el examen de los instrumentos que interpone el individuo en relación con el medio, lo cual nos permite progresar en el conocimiento del sistema socio-económico colonial en Marruecos, donde se aplicaron mecanismos para la puesta en marcha de un intercambio no paritario, y un marcado proceso de “colonialización” o sustitución de los recursos traídos de la metrópoli por otros generados en la región, que implican un esfuerzo productivo tanto en las colonias y factorías norteafricanas como en los núcleos indígenas que de alguna manera se encuentran en contacto con los fenicios. Ello encaja plenamente en un modelo más amplio que pretende explicitar el papel jugado por el territorio atlántico africano como ámbito periférico de un “sistema mundo”. Desde esta perspectiva, sigue siendo necesario colmar las importantes lagunas que antes señalábamos acerca de la interacción hasta ahora simplemente esbozada, con amplios reconocimientos de los valles costeros, entre los que parece especialmente perentorio continuar los trabajos en el valle del Muluya, del Martil con la factoría de Sidi Abdselam del Behar, *Lixus* y el Lucos, el *hinterland* de Mogador (Essaouira) y abrir de nuevo el *dossier* de *Banasa*, entre otros.

Sin embargo también empezamos a ver el registro histórico-arqueológico como un conjunto de indicios del conocimiento que tenían los antiguos de su propia realidad, de la interpretación que hacían de ella y de las acciones en que se traduce en el ámbito local y regional. Es un planteamiento de aplicación incipiente en esta zona pero al que auguramos no pocos resultados. A este respecto hay que llamar la atención sobre la necesidad de avanzar decididamente en la recuperación de más y más datos arqueológicos pues el largo proceso de frecuentación y de colonización desde la más remota antigüedad de las costas atlánticas tuvo un impacto espectacular en la cuenca mediterránea y que es necesario contrastar y conocer mejor: el mundo mediterráneo ya no fue el mismo después que las noticias e informaciones sobre la realidad atlántica se difundieron, pues marcaron indeleblemente su mentalidad; se produjeron cambios en la concepción del mundo y su proceso de mitificación; ello incidió notablemente en la percepción del más allá y por lo tanto en el ámbito funerario; y no menos repercusión tuvo la extracción de recursos atlánticos en el sistema económico mediterráneo. En fin, el análisis del registro arqueológico con estos nuevos planteamientos, unido a la adquisición de nuevos datos, permitirá desentrañar la maraña de las copiosas informaciones literarias sobre la realidad atlántica prerromana que fue mucho menos deformada en los textos que nos han llegado de lo que hasta ahora se ha imaginado.

Bibliografía

- Akerraz, A. y El Khayari, A. (2000): Prospections archéologiques dans la région de Lixus. Résultats préliminaires, *Africa Romana*, 13, Sassari: 1646-1668.
- Akerraz, A. *et alii*, (1981- 82): Fouilles de Dchar Jdid, 1977-1980, *Bulletin d'Archéologie Marocaine*, 14: 169-244.
- Amadasi Guzzo, M.I. (1992): Notes sur les graffitis de Mogador, *Lixus, Actes du colloque, Larache, nov. 1989*, Roma: 155-157.
- Aranegui, C., Belén, M. y Fernández Miranda, M. (1992): La recherche archéologique espagnole à Lixus: bilan et perspectives, *Lixus, Actes du colloque, Larache, nov. 1989*, Roma: 7-15.
- Aranegui, C., Gómez Bellard, C. y Jodin, A. (2000): Los fenicios en el Atlántico. Perspectivas de nuevas excavaciones en Marruecos, *Revista de Arqueología*, año XX, nº 223: 26-35.
- Aranegui, C., Tarradell-Font, N., Kbirí Alaoui, M, y Caruana, I. (2000): Lixus. Arquitectura, cerámica y monedas de época púnico-mauritana, *Revista de Arqueología*, año XX, nº 228: 14-24.
- Aubet, M.E. (1994): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona.
- Aubet, M.E. (1995): El comercio fenicio en Occidente: balance y perspectivas, en *I Fenici: ieri oggi domani*, Roma: 232-242.
- Aubet, M.E. (2000): Cádiz y el comercio atlántico, *IV Congreso internacional de Estudios fenicios y púnicos, Cádiz, 1995*, Cádiz: 31-41.
- Ballouche, A. (1986): *Paleoenvironnements de l'homme fossile holocene au Maroc. Apports de la palynologie*, Bordeaux.
- Belén, M., Escacena, J.L., López Roa, C. y Roderó, A. (1996): Fenicios en el Atlántico. Excavaciones españolas en Lixus: Los conjuntos "C. Montalbán" y "Cata Basílica", *Homenaje a Manuel Fernández Miranda (= Complutum Extra, 6)*: 339-357.
- Bokbot, Y. y Onrubia Pintado, J. (1992): La basse vallée d l'oued Loukkos à la fin des temps préhistoriques, *Lixus, Actes du colloque, Larache, nov. 1989*, Roma: 17-26.
- Bokbot, Y. y Onrubia Pintado, J. (1995): Substrat autochtone et colonisation phénicienne au Maroc, *VI Colloque International sur l'histoire et l'archéologie de l'Afrique du Nord. Pau, Oct. 1993*, Paris: 219-231.
- Bonnet, C. (1992): Les divinités de Lixus, *Lixus, Actes du colloque, Larache, nov. 1989*, Roma: 123-129.
- Boube, J. (1981): Les origines phéniciennes de Sala de Mauretanie, *Bulletin Archéologique du Comité des Travaux Historiques*, 17 b: 155-170.

Boube-Piccot, Ch. (1995): Bronzes antiques. Production et importations au Maroc, *VI Colloque International sur l'Histoire e l'archéologie de l'Afrique du Nord. Pau, oct. 1993*: 65-77.

Carcopino, J. (1943): *Le Maroc antique*, Paris.

Carcopino, J. (1943a): Étude critique du Périple d'Hannon, *CRAI*, 1943: 137-155.

Cintas, P. (1954): *Contribution à l'étude de l'expansion carthaginoise au Maroc*. Paris.

Childe, V.G. (1950): *Prehistoric Migrations in Europe*, Oslo.

Euzennat, M. (1958): L'Archéologie marocaine de 1955 a 1957, *Bulletin d'Archéologie Marocaine*, 2: 199-229.

Euzennat, M. (1976-78): Por une lecture marocaine du Périple d'Hannon, *Bulletin Archéologique du Comité des Travaux Historiques*, n.s. 12-14: 243-244.

Euzennat, M. (1977): Jérôme Carcopino et le Maroc, *Hommage Jérôme Carcopino*, Paris: 81-89.

Euzennat, M. (1993): C37. s.v. Cerné-KEPNH, *Encyclopedie Berbère*, XII, Aix-en-Provence.

Euzennat, M. (1994): Retour à Cernè, *Bulletin Archéologique du Comité des Travaux Historiques*, n.s.23, Afrique du Nord, 1990-1992: 222-223.

Euzennat, M. (1994a): Le Périple d'Hannón, *CRAI*: 559-580.

Février, J. (1966): *Inscriptions puniques et neopuniques: Inscriptions antiques du Maroc*, Paris.

Girard, S. (1984): Banasa preromaine. Un etat de la question, *Antiquités Africaines*, 20: 11-93.

Girard, S. (1984): L'Alluvionement du Sebou et le premier Banasa, *Bulletin Archéologique du Comité des Travaux Historiques*, n.s. 17: 145-154.

Gran-Aymerich, J.M. (1988): Málaga fenicio-púnica y el estrecho de Gibraltar, *I C.I.E.G., Ceuta, 1987*, Madrid: 577-591.

Gras, M. (1992): La mémoire de Lixus. De la fondation de Lixus aux premiers rapports entre Grecs et Pheniciens en Afrique du Nord, *Lixus, Actes du colloque, Larache, nov. 1989*, Roma: 27-44.

Habibi, M. (1992): La céramique phénicienne à vernis rouge de Lixus, *Lixus, Actes du colloque, Larache, nov. 1989*, Roma: 145-153.

Jodin, A. (1957): Note préliminaire sur l'établissement pré-romain de Mogador, *Bulletin d'Archéologie Marocaine*, 2: 9-40.

- Jodin, A. (1960): *Mogador, Comptoir phénicien du Maroc atlantique*, Rabat.
- Jodin, A. (1964): Les gravures rupestres du Yagour (Aut.-Atlas: Analyse stylistique et thématique, *Bulletin d'Archéologie Marocaine*, 5: 47-116.
- Jodin, A. (1964a): L'Âge du Bronze au Maroc: La nécropole mégalithique d'El Mries (Oued Bou-Khalf, Tanger), *Bulletin d'Archéologie Marocaine*, 5: 11-45.
- Jodin, A. (1966): *Les établissements du roi Juba II aux Iles Purpuraires (Mogador)*, Tánger.
- Kbiri Alaoui, M. (2000): A propos de la chronologie de la nécropole rurale d'Aïn Dalia Lekbira (région de Tanger, Maroc), *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos, Cádiz, 1998*, Cádiz: 1185-1196
- Kbiri Alaoui, M. y López Pardo, F. (1998): La factoría fenicia de Mogador (Essaouira, Marruecos): Las cerámicas pintadas, *AEspA*, 71: 5-25.
- Lipinski, E. (1992): L'aménagement des villes dans la terminologie phénico-punique, *L'Africa romana*, X, Oristano: 121-133.
- López Pardo, F. (1987): *Mauritania Tingitana: de mercado colonial púnico a provincia periférica romana*, Madrid.
- López Pardo, F. (1990): Nota sobre las ánforas II y III de Kuass (Marruecos), *Antiquités Africaines*, 26: 13-23.
- López Pardo, F. (1990a): Sobre la expansión fenicio-púnica en Marruecos. Algunas precisiones a la documentación arqueológica, *AEspA*, 63: 7-41.
- López Pardo F. (1991): El Periplo de Hannon y la expansión cartaginesa en el Africa Occidental, *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, Nº 25: 59-70
- López Pardo, F. (1992): Reflexiones sobre el origen de Lixus y su *Delubrum Herculis* en el contexto de la empresa comercial fenicia, *Lixus, Actes du colloque, Larache, nov. 1989*, Roma: 85-101.
- López Pardo, F. (1992a): Mogador "factoría extrema" y la cuestión del comercio fenicio en la costa atlántica africana, *Actes du Ve Colloque International d'Histoire et Archeologie de l'Afrique du Nord, (Avignon, 9-13 avril, 1990)*, Paris: 277-296.
- López Pardo, F. (1996): Los enclaves fenicios en el África noroccidental: del modelo de las escalas náuticas al de colonización con implicaciones productivas, *Gerion*, 14: 251-288.
- López Pardo, F. (1996a): Informe preliminar sobre el estudio del material cerámico de la factoría fenicia de Essaouira (antigua Mogador), *Complutum, Extra*, 6: 359-367.
- López Pardo, F. (1998): *Rusaddir*: de la memoria literaria a la realidad histórica de la expansión fenicio-púnica en Occidente, *Melilla y su entorno en la Antigüedad*, Granada: 35-52.

López Pardo, F. (2000): *El empeño de Heracles. La exploración del Atlántico en la Antigüedad*, Madrid.

López Pardo, F. (2000a): La fundación de Lixus, *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos, Cádiz, 1998*, Cádiz: 819-826.

López Pardo, F. (2000b): Del mercado invisible (comercio silencioso) a las factorías-fortaleza púnicas en la costa atlántica africana, *Actas del I Coloquio Internacional "Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Madrid, 1998*, Badajoz: 215-230.

López Pardo, F. (e.p.): Del Círculo del Estrecho a la Entidad Fenicia occidental: propuesta de análisis, *I Congreso Internacional canario-africano: de la Prehistoria a la Edad Media, La Laguna, 1994*.

López Pardo, F., Habibi, M. (e.p.): La céramique a engobe rouge et la chronologie du comptoir de Mogador (Maroc), *I Congrès International d'Archéologie et du Patrimoine du Maroc, Rabat, 1998*.

Luquet, A. (1964): La céramique preromaine de Banasa, *Bulletin d'Archéologie Marocaine*, 5: 117-144.

Luquet, A. (1973-75): Contribution a l'Atlas archéologique du Maroc. Le Maroc punique, *Bulletin d'Archéologie Marocaine*, 9: 261-270.

Maass-Lindemann, G.: The phoenician pottery of Lixus relating to the West phoenician, *Lixus, Actes du colloque, Larache, nov. 1989*, Roma: 175-180.

Manfredi, I. (2000): Le città fenicie del Nord-Africa: problemi di integrazione etnica e risorse economiche, *Actas del Coloquio "Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo, Madrid, 1999*, Madrid: 231-240.

Maniatis, Y. *et Alii* (1985): Punic Amphoras Fund at Corinth, Greece: an Investigation of Their Origin and Technology, *Journal of Field Archaeology*, 11: 205-222.

Martínez Navarrete, M.I. (1989): *Una revisión crítica de la Prehistoria española: La Edad del Bronce como paradigma*, Madrid.

Martínez Santa-Olalla, J. (1941): *Esquema paleontológico de la península Ibérica*, Madrid.

Mederos, A. (e.p.): El marco temporal de la Protohistoria canaria y su inserción en la secuencia litoral atlántica norteafricana.

Onrubia Pintado, J. (1988): Modalidades, implicaciones y significación de las relaciones prehistóricas ibero-magrebies. Problemas y perspectivas, *I C.I.E.G. Ceuta, 1987*, Madrid:147-171.

Peretti, A. (1988): Dati storici e distanze marine nel Periplo di Scilace, *Studi Classici e Orientali*, 38 : 13-137.

- Ponsich, M. (1967): *Nécropoles phéniciennes de la région de Tanger*, Tánger.
- Ponsich, M., (1967a): Kouass. Port antique et carrefour des voies de la Tingitane, *Bulletin d'Archéologie Marocaine*, 7: 369-405;
- Ponsich, M. (1968): Nécropoles puniques de la région de Tanger, *Actes du 91 Congrès National des Sociétés Savantes. Rennes, 1966*, Paris: 55-69.
- Ponsich, M., (1968a): *Alfarerías de época fenicia y púnico-mauritana en Kuass (Arcila, Marruecos)*, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, Nº 4, Valencia.
- Ponsich, M., (1968b): Nouvel aspect de l'industrie preromaine en Tingitane, *Bulletin Archéologique du Comité des Travaux Historiques*: 225-35.
- Ponsich, M. (1969): Fours de potiers puniques en Mauretanie Tingitane, *X CNA, Mahon, 1967*, Zaragoza.
- Ponsich, M., (1969a): Note préliminaire sur l'industrie de la céramique preromaine en Tingitane (Kouass, région d'Arcila), *Karthago*, 15: 75-98.
- Ponsich, M. (1969b): Les céramiques d'imitation. La campanienne de Kouass, *Archivo Español de Arqueología*, 42: 56-80.
- Ponsich, M. (1970): *Recherches archéologiques a Tanger et dans sa région*, Paris.
- Ponsich, M., (1975): Perennité des relations dans le circuit du Déroit de Gibraltar, *ANRW*, II, 3, Berlin/New York: 655-684.
- Ponsich, M. (1981): *Lixus. Le quartier des temples*, Rabat.
- Ponsich, M.(1982): Territoires utiles du Maroc punique, *Phönizier in Westen*, Mainz: 429-444.
- Quintero Aauri, P. (1940-1941): Nueva estación prehistórica en el Marruecos Español, *AEspA*, 14: 563-564.
- Ribichini, S. (1992): Hercule à Lixus et le jardin des Hespérides, *Lixus, Actes du colloque, Larache, nov. 1989*, Roma: 131-136.
- Ruiz Cabrero, L. y López Pardo, F. (1996): Cerámicas fenicias con *graffiti* de la isla de Essaouira (antigua Mogador, Marruecos), *Rivista di Studi Fenici*, 2: 153-179.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (1983): Espada procedente de la ría de Larache en el Museo de Berlín Oeste, *Homenaje a Martín Almagro Basch*, Madrid, t. II: 63-68.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (1984): *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*, Madrid.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (1987): Bronce atlántico y "cultura" del Bronce Atlántico en la Península Ibérica, *Trabajos de Prehistoria*, 44: 251-264.

- Ruhlman, A. (1939): Le tumulus de Sidi Slimane (Rharb), *Bulletin de la Société Préhistorique du Maroc*, 12: 47-64.
- Souville, G. (1988): Les hommes du chalcolithique et du bronze ont traversé le détroit de Gibraltar, *I C.I.E.G. Ceuta, 1988*, Madrid: 285-292.
- Simoneau, A. (1968-72): Nouvelles recherches sur les gravures rupestres du Aut-Atlas et du Draa, *Bulletin d'Archéologie Marocaine*, 8: 15-33.
- Tarradell, M. (1952): Tres años de investigaciones arqueológicas en Marruecos, *II C.N.A.*, Madrid, 1951, Zaragoza: 59-64.
- Tarradell, M. (1953): Tres notas de arqueología púnica del norte de África, *Archivo Español de Arqueología*, 26: 161-167.
- Tarradell, M. (1954): Marruecos antiguo: nuevas perspectivas, *Zephyrus*, 5: 113-118.
- Tarradell, M. (1954a): Noticia sobre la excavación de Gar Cahal, *Tamuda*, 2 : 344-358.
- Tarradell, M. (1955): Avance de la primera campaña de excavaciones en Caf Taht el Gar, *Tamuda*, 3: 307-322.
- Tarradell, M. (1959): Aportaciones a la cronología de la cerámica de barniz rojo, *V Congreso Nacional de Arqueología, Zaragoza, 1957*, Zaragoza: 270-274.
- Tarradell, M. (1960): Nuevos datos sobre la cerámica prerromana de barniz rojo, *Hesperis-Tamuda*, 1: 248-51.
- Tarradell, M. (1966): Contribution a l'Atlas archéologique du Maroc: region de Tetouan, *Bulletin d'Archéologie Marocaine*, 6: 425-446.
- Tarradell, M. (1965): Los fenicios en Occidente. Nuevas perspectivas, en D. Harden, *Los fenicios*, Barcelona: 213-236.
- Tarradell, M. (1969): El problema de Tartessos visto desde el lado meridional del Estrecho de Gibraltar, *Tartessos y sus problemas, V S.I.P.P, Jerez de la Frontera, Sept. 1968*, Barcelona: 223-225
- Tarradell, M. (1976): El impacto greco-fenicio en el Extremo Occidente: resistencia y asimilación, *Vième Congrès International d'Etudes Classiques, Madrid, Sept. 1974*, Paris: 351-2.
- Tissot, M. (1877): *Recherches sur la géographie comparée de la Maurétanie Tingitane*, Paris.
- Trigger, B.G. (1982): *La revolución arqueológica. El pensamiento de Gordon Childe*, Barcelona.
- Vernet, R. (1996): Un exemple de corrélation entre char et métal dans l'art rupestre mauretarien, *La préhistoire de l'Afrique de l'Ouest*, Ginette Aumassip (dir.): 69-73.

Villard, F. (1960): Céramique grecque du Maroc, *Bulletin d'Archéologie Marocaine*, 4: 1-26.

Vuillemot, G. (1995): *Reconnaissances aux échelles puniques d'Oranie*, Autun.

Wagner, C. G. 1996): Elementos cronológicos y consideraciones históricas para una periodización de la presencia fenicia en la Península Ibérica, *Studi in onore di S. Moscati*, Pisa-Roma: 423-440.

Figuras

- 1 La costa atlántica africana en época fenicio-púnica. Localización de yacimientos.
- 2 *Lixus* y el valle del Lucos, a partir de Akerraz y El Khayari, 2000, fig. 2.